

EL DESEO Y EL AFECTO

Dos aspectos de la sensación.

Según la metapsicología freudiana, llamamos deseo a la recarga de una huella mnémica de una pasada experiencia de satisfacción¹. Cuando esto sucede, el deseo pone en marcha acciones de búsqueda² tendientes a reconocer, en la realidad, el objeto de la satisfacción a partir de la imagen (recuerdo) del objeto “archivado” en la huella mnémica. Cuando se cree encontrar una suficiente concordancia (que llamamos identidad de pensamiento) entre el objeto percibido (presente) y el objeto recordado (ausente) se pone en marcha la acción específica, acorde a la fuente pulsional (zona erógena corporal) que da origen al deseo. Si la concordancia entre el objeto percibido y el recordado es adecuada, y la acción se ejecuta de manera acertada, decimos que el deseo se satisface, dado que la acción específica ha sido también una acción eficaz.

Si la acción específica no alcanza a ser plenamente eficaz, el remanente del deseo que no se satisface a través de la acción en el mundo (sobre el objeto), se descarga en el cuerpo propio. Dado que esto nos afecta, llamamos afecto a esta descarga remanente; así, el afecto, considerado

¹ Lo que llamamos temor (concepto emparentado metapsicológicamente con el de deseo) se define, en cambio, como la recarga de una huella de una experiencia dolorosa.

² Como sostiene Freud (1915e, pág. 178), definir en términos metapsicológicos es definir en términos tópicos, dinámicos y económicos; esto supone concebir los procesos anímicos como si fueran “cargas energéticas” que se desplazan siguiendo procesos concebidos “mecánicamente”. Si bien, como sostuve en otra oportunidad (Chiozza, G., 1998c), esto ayuda a una mayor claridad en la exposición (en términos de proceso secundario), implica también, inevitablemente, un cierto grado de inexactitud en las exposiciones. Así, cuando decimos que el deseo “surge” de la recarga de la huella mnémica, descomponemos un proceso anímico unitario en una serie de partes o procesos que se ordenan en una secuencia temporal lineal (primero esta la energía, luego la recarga y por fin la aparición del deseo). Lo mismo sucede con la sentencia “el deseo pone en marcha acciones de búsqueda”; ¿“pone en marcha” o “consiste en”? A los fines de una mejor comprensión de los desarrollos que siguen en el presente trabajo me parece oportuno subrayar esta cuota de inexactitud inevitable de las exposiciones metapsicológicas.

cuantitativamente, será directamente proporcional al grado de frustración e inversamente proporcional a la satisfacción³ alcanzada.

Sin embargo, aun en los casos en que la acción específica es también eficaz, suponemos que la satisfacción nunca es completa dada la diferencia existente entre el objeto del deseo (recordado) y el objeto de la satisfacción (percibido). En estos casos, como sostiene Chiozza (1995g [1983] y Chiozza y col. 1993g [1992]), el remanente afectivo se integra a la acción como aquello que aporta el sentido de la misma⁴.

Vemos entonces que, para la metapsicología, el deseo que pone en marcha a la acción y el afecto que, marcando la importancia, le da sentido, quedan ubicados en extremos opuestos de una serie lineal; el deseo en el origen, el afecto en el desenlace final. Pero ¿qué sucedería si intentáramos revertir la perspectiva de esta serie lineal transformándola en una circular? Al fin y al cabo, en este viaje por el mundo (acción), hemos salido del cuerpo (zona erógena) con el deseo para retornar a él con el afecto (descarga vegetativa).

³ Dado que lo que llamamos “satisfacción alcanzada” es también una sensación actual (un proceso de descarga en el cuerpo propio) cabe plantearse un interrogante sobre el cual no puedo ocuparme en esta oportunidad. ¿La satisfacción (sensación conciente de placer) no es también un afecto? Tal vez resulte más esclarecedor considerar que lo que llamamos satisfacción se integra al estado afectivo aportando una cualidad placentera. Así, podríamos pensar que el resultado de toda acción (que se lleva a cabo concientemente –ver nota siguiente–) es siempre un estado afectivo; si la acción es exitosa el afecto será placentero, si es fallida el afecto será displacentero (con toda la gama de términos medios). De esta manera podríamos evitar el aspecto cuantitativo (que surge de considerar al afecto como un remanente) que dificulta la comprensión de afectos placenteros intensos unidos a acciones que el yo registra como eficaces (satisfactorias) donde la gran eficacia supone un pequeño remanente mientras que la intensidad del afecto supone, contrariamente, un remanente considerable.

⁴ Tal vez podamos considerar la existencia de acciones plenamente eficaces que no generan un remanente afectivo, sobretudo si pensamos en acciones que se llevan a cabo sin la participación de la conciencia (como por ejemplo la regulación de la tensión arterial o la frecuencia cardíaca). Si, como sostiene Schrödinger, inconciente es lo que ya se sabe y conciente es lo que se ignora y se está aprendiendo (1958 citado por Chiozza, 1995u), tal vez estas acciones, plenamente eficaces desde el punto de vista de la conciencia, pasan absolutamente desapercibidas (ni se registran como actos plenos de sentido ni se registran como estados de satisfacción). A partir de allí podemos imaginar una serie cualitativa en la que el afecto crece cuanto mayor es la participación de la conciencia en la acción que se ejecuta.

¿Qué pasa si intentamos poner el final al principio o preguntarnos por el principio del principio? Si así hiciéramos, podríamos afirmar que la “energía de investidura” surgida de la zona erógena que, invistiendo la huella mnémica, “enciende” el deseo, no puede ser otra cosa que un estado de frustración (libido insatisfecha).

¿De dónde surge esta frustración? Debemos suponer que nace de la ineficacia (total o parcial) de una acción anterior; es decir que la frustración, como deseo insatisfecho⁵, es el remanente del deseo que no se satisface en la acción específica. Si a esto le sumamos que la frustración se experimenta corporalmente como algo que afecta (en proporción directa a la ineficacia de la acción), todo parece indicar que la frustración –que “proviene” de un deseo insatisfecho “da origen” al deseo– no es otra cosa que el afecto. Cabe entonces replantearse la anterior afirmación metapsicológica: ¿El afecto es directamente proporcional al grado de frustración o el afecto es esa frustración?

Veamos un ejemplo simple. Si las ganas de comer (deseo) no se satisfacen plenamente (frustración) nos quedamos con hambre (afecto); hambre que ya suponemos presente en el origen de las ganas de comer. Pero demos un paso más: ¿el hambre *origina* las ganas de comer o el hambre es las ganas de comer? ¿El deseo “nace” de la frustración (afecto), o deseo y afecto son dos maneras de referirse a la misma cosa? ¿En qué se diferencian el hambre y las ganas de comer?

Parece desprenderse de lo que venimos desarrollando que deseo y afecto, como las dos caras de una moneda, son dos maneras distintas de referirse a un mismo estado; dos puntos de vista distintos para considerar

⁵ A los fines de enfatizar la vinculación entre frustración y deseo empleo la designación “deseo insatisfecho”; sin embargo nótese que hablar de deseo insatisfecho es algo redundante dado que, si la satisfacción “apaga” el deseo, todo deseo será, en la actualidad (y mientras dure), un deseo insatisfecho. A esto me refería en la nota 2 cuando decía que las descripciones metapsicológicas descomponen, artificialmente, procesos unitarios; por ejemplo cuando digo “la frustración proviene de un deseo insatisfecho y da origen al deseo” parece que estuviera hablando de tres cosas cuando en realidad se trata de una sola.

un proceso de descarga⁶ que llega a la conciencia como sensación actual.

Si ponemos el énfasis en el sujeto, la sensación actual será un afecto en tanto es algo que afecta al yo; el hambre es algo que “me” sucede. Si, en cambio, ponemos el énfasis en el objeto que pone fin al estado de carencia, la sensación será un deseo. Las *ganas de comer*, a diferencia del *hambre*, parecen enfatizar el verbo (la acción que se realizará en el mundo) y con él, al objeto (la comida).

De existir una diferencia entre el afecto y el deseo esta parece ser de un orden menor. Así podemos suponer que tendemos a interpretar a la sensación actual como deseo cuando nos sentimos más capaces (potentes) de ejecutar en el mundo (sobre el objeto) la acción eficaz; en cambio tendemos a interpretarla como afecto, cuando superados por el displacer (impotentes), buscamos socorro en la asistencia ajena.

De la misma manera que Chiozza (1981c, pág. 107), al referirse a las dos formas del deseo, sostiene que *“la nostalgia es el deseo de un débil y el anhelo el de un fuerte”*, podríamos decir que el deseo es la sensación actual de un fuerte mientras que el afecto es la sensación actual de un débil.

Decir “tengo ganas de verte” es casi lo mismo que decir “te extraño”, sólo que la primera sentencia, en forma de deseo, enfatiza lo que quiero hacer contigo; es decir, va del sujeto al objeto. La segunda, en forma de afecto, enfatiza lo que me pasa, esperando que tú hagas algo conmigo; es decir, va del objeto (asistencia ajena) al sujeto. También podemos concebir una

⁶ Podría parecer contradictorio decir ahora que el deseo es un proceso de descarga cuando iniciamos este trabajo definiéndolo como la re-carga de la huella mnémica. Sin embargo esta contradicción es sólo aparente; ambas afirmaciones son correctas, pero parten de distintos puntos de vista. La recarga de la huella es algo que sucede en lo inconciente (lugar donde suponemos que la huella mnémica se encuentra); las representaciones investidas (a través de derivados) llegan a la conciencia “unidas” a las sensaciones de la serie placer-displacer. Por lo tanto, desde el punto de vista de la conciencia, lo inconciente “descarga” su investidura en ella, afectándola (sensaciones de la serie placer-displacer), y ella intentará hacer lo propio descargando la investidura en el mundo. Por esto, cuando nos sentimos afectados por un deseo que no elegimos, concebimos este deseo como algo ajeno, externo; un deseo del ello que se descarga sobre nuestro yo.

serie: “tengo ganas de ir al cine” implica un deseo (anhelo) bien definido donde la acción y el objeto están claramente identificados. “Tengo ganas de hacer algo” constituiría un grado menor en la elaboración del deseo (¿nostalgia?); antes de poder “hacer” es necesario primero saber “qué”. “Me aburro” es ya una comunicación afectiva; sería un grado de incapacidad mayor, por lo tanto el deseo de “hacer algo divertido”, aparece expresado como afecto a la espera de que el interlocutor encuentre una solución que me satisfaga.

En síntesis, cuando hablamos de deseo enfatizamos a la acción específica (acto motor voluntario) y con ella al objeto; cuando hablamos de afecto enfatizamos al sujeto y con él lo que le sucede en términos de sensaciones (acto motor vegetativo). Pero insistamos: se trata de una diferencia menor ya que en ambos casos (deseo y afecto) están implícitas acciones voluntarias y acciones vegetativas⁷.

Siempre en términos de matices (no de diferencias fundamentales) también podemos decir que el afecto que, como frustración actual nace de la ineficacia de una acción *anterior*, parecería estar más volcado hacia el pasado⁸. En cambio el deseo que, volcado hacia la acción, busca un

⁷ En otras oportunidades (Chiozza, G. 1996d [1994-1995] y 2000a) me he ocupado de la interesante relación entre el afecto y la acción afirmando que los conceptos de motor vegetativo (y secretorio) y motor voluntario parecen ser dos extremos de una serie compleja donde reflejos y automatismos se insertan como formas intermedias. Por lo tanto creo que es un poco exagerado afirmar que las sensaciones son sólo o siempre vegetativas; y lo que vale para la sensación tiene que valer también para el afecto ya que este es siempre una sensación. No obstante esto, a los fines de emparentar los conceptos de deseo y afecto, enfatizar el aspecto vegetativo de la sensación (que clásicamente remite al concepto de afecto) facilita la argumentación sin incurrir –a mi entender– en groseras inexactitudes. Si es cierto que una cierta sensación referida a la musculatura estriada de las piernas (es decir, no vegetativa) puede ser interpretada como el deseo de moverse o de correr, también es cierto, entonces, que esa sensación (no vegetativa) puede ser igualmente interpretada como un afecto, por ejemplo, el sentirse “entumecido”. Creo que los desarrollos de Chiozza (1998#) sobre la sensación actual y el examen de actualidad (aspectos poco explorados por Freud) son el mejor punto de partida para repensar la idea según la cual el concepto de afecto queda restringido sólo a los actos motores vegetativos

⁸ Algo similar a lo que sucede con la nostalgia, aunque esta se trata de un deseo y por lo tanto está dirigida, primariamente, al futuro. Podríamos decir que la nostalgia es el deseo de volver (en un futuro) a un tiempo pasado.

objeto con la *esperanza* de la satisfacción futura, tendría un sentido más prospectivo⁹.

Como dijimos, tanto el concepto de deseo como el de afecto aluden a procesos de descarga que se registran en la conciencia como sensaciones actuales. Estas sensaciones actuales (cambios o acciones, si se quiere vegetativas) surgen al no poder llevarse a cabo la acción eficaz. En otras palabras, al no poder descargarse a través de la motricidad voluntaria (acción eficaz) la investidura en el mundo (sobre el objeto) se descarga, involuntariamente, sobre el cuerpo propio en forma de acciones “vegetativas” que la conciencia registra como sensaciones actuales.

Así podemos decir que llamamos afecto al estado corporal (sensaciones) que conocemos como deseo insatisfecho¹⁰, mientras que llamamos deseo a la voluntad de acción que acompaña, buscando remediar, a todo estado afectivo de insatisfacción¹¹.

⁹ Esta idea parece encontrar múltiples apoyos, dado que Chiozza (1976h) sostiene que es el deseo (también el temor) lo que genera la representación del futuro así como el recuerdo genera la representación del pasado. En un trabajo anterior (Chiozza, G. 2000a) afirmaba que el afecto es a la acción como el recuerdo es a la percepción. La idea del afecto referida al pasado también encuentra apoyo en las ideas de “monumento conmemorativo” y “ataque histérico universal heredado” que la teoría freudiana aplica al afecto. No obstante, como afecto y deseo son dos aspectos de una misma sensación actual, podemos ver aspectos más “prospectivos” en el afecto (Boari, 2000) (por ejemplo, en su sentido de señal (Boari, 1999) o de símbolo de la acción eficaz (Chiozza, G., 2000a)) y aspectos más “retrospectivos” en el deseo como en el caso de la nostalgia (Chiozza, 1981c).

¹⁰ La insatisfacción, como término genérico, parece carecer de los matices que dotan al afecto de su cualidad específica, por lo tanto nos resulta difícil coincidir en que el afecto sea sólo insatisfacción. Sin embargo, si pensamos que la insatisfacción nace del fracaso de la acción específica de un deseo particular, vemos que toda insatisfacción se acompaña también de matices tan específicos como los que reconocemos en el afecto.

¹¹ Esta concepción que emparenta al deseo y al afecto constituye un nuevo apoyo a la tesis planteada en el trabajo “El afecto como símbolo de la acción” (Chiozza, G. 2000a). Allí sostenía que el afecto es a la acción eficaz como el recuerdo a la percepción, dado que los cambios vegetativos que llamamos afecto constituyen un símbolo (o mapa) de la acción eficaz que el yo debe llevar a cabo para satisfacer el deseo.

Cuando, de acuerdo con Freud (1915c), decimos que de los fines de la pulsión puede deducirse su fuente, estamos afirmando que el deseo contiene, en las sensaciones actuales que lo constituyen, un “mapa” de la acción específica que debe ejecutarse para su satisfacción. Como dijimos, el deseo enfatiza al verbo: “ganas de: *comer*”.

Los conceptos de deseo y afecto abarcan la parte más importante de nuestra vida anímica (sino su misma esencia); como se desprende de la teoría freudiana, el deseo, a partir del displacer (frustración), es lo que pone en marcha las demás operaciones anímicas (recuerdos, percepciones, juicios, pensamientos, etc.); el afecto (ese mismo estado de displacer), como sostiene Chiozza, es lo que las dota de sentido (las explica).

Al hablar de sentido, solemos enfatizar el papel que en él desempeñan los afectos, sin embargo, en sus recientes teorizaciones acerca de la conciencia Chiozza (1998#) afirma que el sentido (del mismo modo que el afecto) se registra primariamente en la conciencia a partir de la sensación. Si pensamos que afecto y deseo son dos modos de interpretar una sensación actual, no sólo los afectos sino también los deseos aportarán al sentido su componente propio.

Si el sentido (aquello que define la cualidad de lo psíquico) es, como sostiene Chiozza (1976c [1974]), a un mismo tiempo (1) el significado, (2) lo que siento y (3) la dirección en la que me encamino, podemos pensar que estos distintos matices del sentido surgen de distintos modos de interpretar la sensación actual. Lo que siento (la sensación) es lo que me importa (el afecto) –la significancia del significado (Chiozza y col. 1993g [1992])–; lo que quiero (deseo) es lo que da sentido al obrar; es decir, es la dirección (meta) en que me encamino. En otras palabras, el sentido como importancia nace de la sensación interpretada como afecto; el sentido como finalidad nace de la sensación interpretada como deseo¹².

Si afecto y deseo son dos modos distintos de referirse a la sensación actual, entonces también podemos encontrar en las sensaciones actuales del afecto (que son las mismas que las del deseo) ese “mapa” que simboliza a la acción eficaz. El hambre, en la que el sujeto “se come a sí mismo”, será símbolo de una acción similar dirigida al mundo: comer comida (acción eficaz).

¹² También en la idea de Weizsaecker (1956, citado por Busch, D., 1999) de la dimensión pática de la existencia se reúnen ambos matices. El *pathos* (en tanto padecer, pentagrama pático) está dado por el afecto mientras que la idea de “ser siendo” está dada por del deseo de ser lo que aún no se es.

BIBLIOGRAFÍA

BOARI, Domingo (1999), "Sobre el sentido de los afectos", Simposio 1999 de la Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, Enero de 1999.

BOARI, Domingo (2000), "Los afectos: su valor de señal y su sentido prospectivo", Simposio 2000 de la Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, Enero de 2000.

BUSCH, Dorrit, (1999), "Algunas reflexiones acerca de la categoría del 'tener permiso' planteada por Víctor von Weizsäcker", en Simposio 1999, Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, 1999.

CHIOZZA, Gustavo (1996d [1994-1995]), "Sobre la relación entre la histeria de conversión y la enfermedad somática", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, pág. 387-481.

CHIOZZA, Gustavo (1998c), "Consideraciones sobre una 'metapsicología' en la obra de Chiozza", en *Simposio 1998*; en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, (Tercera Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Gustavo (2000a), "El afecto como símbolo de la acción", en *Simposio 2000* del Instituto de Docencia e Investigación de la FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, enero de 2000.

CHIOZZA, Luis (1976c [1974]), "La transformación del afecto en lenguaje", en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976, pág. 117-123; *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1977, pág. 117-123; *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 217-226; *Del afecto a la afección*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 27-30.

CHIOZZA, Luis (1976h), "Prólogo y epílogo" a la primera edición (de *Cuerpo, afecto y lenguaje*), en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976, pág. 7-14; *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1977, pág. 7-14; *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 19-29.

CHIOZZA, Luis (1981c), "Entre la nostalgia y el anhelo. Un ensayo acerca de la vinculación entre la noción de tiempo y la melancolía", en *Eidón*, año 8, N° 14, CIMP, Buenos Aires, 1981, pág. 5-16; *Psicoanálisis: presente y futuro*, Luis Chiozza, Ed. CIMP, Buenos Aires, 1983, pág. 115-126

CHIOZZA, Luis (1995g [1983]), "Reflexiones sin consenso", en *Luis Chiozza CD, Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM*, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.

CHIOZZA, Luis (1995u), "El psicoanálisis y los procesos cognitivos" en *Del afecto a la afección*, Luis Chiozza. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 297- 335.

CHIOZZA, Luis (1998#), "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, pág. 359-371.

CHIOZZA, L. ; Barbero, L. ; Casali, L. ; Salzman, R. (1993g [1992])

"Una introducción al estudio de las claves de inervación de los afectos", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998

FREUD, Sigmund (1915e), "Lo inconciente", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.